

CONCEPCION, 9 de Febrero de 1939

Señor

Don Luis Alberto Sánchez

SANTIAGO.-

Mi estimado amigo,

he tenido el agrado de recibir su bella y sentida carta del 5 del presente mes que le agradezco muy de veras. Tiene Ud. razón. Esta catástrofe ha dado una oportunidad para una magnífica manifestación de confraternidad entre los hombres y entre los pueblos. Mucho le celebro y le agradezco que en esta ocasión se haya sentido tan chileno. Estoy seguro de que todos sus amigos chilenos se lo agradecerán también.

El cataclismo ha sido espantoso. Mi familia y yo nos salvamos gracias a la solidez de nuestra casa.

También salió intacta de la prueba la Ciudad Universitaria; pero ha habido que ceder tres de sus mejores escuelas para que sirvan de hospitales de emergencia. Otras tres se hallan llenas de asilados y de muebles de dañificados. Todo esto ha dado sus preocupaciones.

El Teatro de la Universidad y el Salón de Conferencias, donde Ud. ha hablado tantas veces, salieron con graves desperfectos. Temo que no se puedan aprovechar en todo el año o en gran parte del año. Igualmente han sufrido otros establecimientos que tiene la Universidad en la ciudad misma.

Tenemos que deplorar el fallecimiento de los estudiantes peruanos Domingo Delgado Galindo, de Medicina, y Andrés Zárate, de Ingeniería Química, que murieron aplastados en una calle

del centro de la ciudad. La Universidad proporcionó los fondos para su conveniente entierro.

Puede Ud. estar seguro de que a sus compatriotas los atenderé de la mejor manera posible.

A todas estas solicitudes que nos ha traído el terremoto se agrega el problema de mucha monta de que la Universidad no interrumpa su funcionamiento en el presente año por ningún motivo. Y en esto estamos. Nuestra consigna es que la Universidad continúe funcionando con todos sus cursos.

Antes de terminar, permíname un alcance. Ud. manifiesta en su carta celebrar saber de mi en una forma que contradice "tendenciosas informaciones verbales" que habrán llegado allá en los primeros momentos, o sea, informaciones de que me hubiera conducido como un egoísta. Créame que siento como un escalofrío de resistencia para ocuparme de esto; pero hay que hacerlo. Pobres gentes, que en medio de tanta desolación hayan tenido tiempo para comunicar especies falsas y mal intencionadas.

Este año entero, mi estimado amigo, cincuenta años de servicios públicos, de los cuales cuarenta y seis dedicados a la educación (dentro de cuyas actividades aun continuaré) y en este tiempo, en que no he pedido mas licencia que veinte días a fines del siglo pasado, nadie me ha hecho ni nunca se me ha hecho el menor cargo por negligencia en el cumplimiento de mis deberes o por falta de humanidad en mis actuaciones. Pero la atención a mi deber y a lo humano me ha gustado practicarla sin ostentación. Hacer mucho alarde del cumplimiento del deber, de honradez y de sentimientos humanitarios no me parece de buen gusto. Sin perjuicio

de que esos alardes suelen no servir a veces nada mas que para dar viento a alguna bandera política, lo que no me interesa y hay ocasiones en que se ha presentado como algo chocante.

Excúseme esta digresión, que ojalá hubiera podido evitar.

Lo saluda muy cordialmente su amigo afectísimo.